

Fe y fraternidad

Carta a Dios

Pedro Trigo, s.j.*

Esta es la primera de una serie de cartas dirigidas a Dios que irá publicando el autor en números sucesivos

M

Me da pena escribirte una carta, tanto porque me parece anacrónico, como porque tú no estás lejano como para ponerte un correo; pero usaré esta convención para dirigirme a ti como un hijo tuyo que, como Habacuc en el feroz imperio asirio, se siente testigo de desastres naturales causados por la contaminación ambiental, de guerras fratricidas en diversos países provocadas por modos diversos de vivir que no son capaces de convivir simbióticamente, atizadas por las potencias que buscan mantener su zona de influencia o arrebatársela a la otra potencia y, sobre todo, testigo de la insensatez de los grandes inversores que están logrando poner todo en función de su ganancia y a ello sacrifican a masas crecientes, a la mayoría de la humanidad, no solo en el tercer mundo sino en sus propios países. Las sacrifican porque, como decía Habacuc de ese imperio, *su fuerza es su dios*.

Te quieren hacer la competencia, Señor, aspiran a ser como tú, y no se dan cuenta que tú no tienes ningún interés en dominar, que imponerte sobre otros te parece indigno de ti. ¡Qué cierto es que, de hecho, existen muchos dioses y que todos, menos tú, son inhumanos y deshumanizadores! ¿Cómo haríamos, Señor, para reponer en el horizonte social, que no es verdad que seamos ateos, que lo que somos es idólatras? ¿Qué tenemos que hacer para reponer en el cristianismo ese primer mandamiento olvidado, que es no tener otros dioses y no adorar a nada ni a nadie sino a ti?

Lo más grave, Señor, de este mundo fetichista es que los de arriba tienen el poder de lograr que las mayorías se plieguen a sus dictados y se dejen moldear por sus propuestas a través de la saturación de los medios, poseídos por la violencia y el sexo y henchidos de publicidad que torna adictos, y más todavía por el miedo que infunden para que no usen la democracia para cambiar las reglas de juego porque, advierten, los mercados van a perder la confianza y todo va a ser mucho peor.

Antes, Señor, me impresionaba la injusticia, la pérdida de sentido humano, la impiedad; pero

ahora me llena de estupor, más todavía, la poca cabeza, la pérdida de sentido de realidad, la irracionalidad con la que caminan hacia el abismo y nos precipitan a todos en él, mientras piensan solo en el negocio de mañana; y la pusilanimidad de los líderes que, atemorizados también por el poder de los grandes inversores y pendientes, ante todo, de conservar su poder, ceden ante ellos y sacrifican a las mayorías que les han elegido y a las que supuestamente representan.

Como el profeta, te digo: ¿No eres desde siempre el Señor? ¿Es que no te importamos? ¿Es que estás de parte de ellos?

Sí eres el Señor; pero yo no creo, como pensaba el profeta, que tú contemples nuestra historia desde fuera y desde arriba. Yo sé que la vives desde dentro, porque creas todo con tu relación de amor constante, y desde abajo, porque tu Hijo único y eterno se hizo un ser humano pobre para enriquecernos precisamente con su pobreza. Yo sé que tú has echado la suerte con nosotros y que si nosotros nos hundimos, tú te hundes con nosotros porque tu Hijo es ya para siempre uno de nosotros. Yo sé que tu Hijo vivió en un imperio y no tuvo derecho de ciudadanía en él y fue sacrificado por él, sin revisar a fondo su caso, por connivencia con las élites locales que lo habían acusado porque estaba logrando que el pueblo tomara conciencia de su dignidad, se levantara de su prostración y se empezara a movilizar no para tomar el poder, sino para vivir desde la relación contigo que se traducía en consistencia propia y convivencia simbiótica, más precisamente, fraternidad.

Tú no metiste la mano en el mundo para defender a tu Hijo. Tu Hijo fue uno de esos muchos millones de sacrificados por los de arriba para seguir estando arriba, para que este mundo no se configurara desde la fraternidad de tus hijas y de tus hijos. Si no lo hiciste entonces, tú nunca meterás la mano en el mundo para arreglarlo desde fuera. Tú confiaste en tu Hijo, te pusiste completamente en sus manos, como sigues confiando en los que buscan hacer de este mundo una verdadera fraternidad.

Creo que tú nos estás diciendo que no podemos entender tu omnipotencia como la de los poderosos de ese mundo que se imponen por las buenas o por las malas. Tú no te puedes imponer por las malas ni matar a nadie, porque

no tienes más poder que el que cabe en el amor infinito: poder de crear, de rehabilitar, de sanar, de salvar; pero no desde fuera ni al margen de nosotros, sino con nuestra anuencia y colaboración, desde dentro, desde más adentro que lo íntimo nuestro, donde tu Espíritu, que no es otro que el de tu Hijo, alienta, anima, libera la libertad, hace salir de sí para pedir con agradecimiento y dar con alegría.

Ese poder culminó en Jesús que murió no como una víctima aterrorizada o rabiosa, sino llevándonos a todos en su corazón y pidiéndote por sus asesinos y consumándose así como Hermano, y consumándose también como Hijo al ponerse en tus manos cuando experimentaba tu ausencia, dejándote que tú dijeras la última palabra de su vida, si había sido un fracaso o había sido fecunda.

Señor, qué enredo tenemos contigo: tenemos envidia de ti y queremos emanciparnos de ti porque nos parece que adorarte es cosa de menores de edad, y, por otra parte, cuando descubrimos tu verdadero rostro y que tú entablas relaciones en la mutua libertad, nos sobrecoge tanta responsabilidad y te pedimos que metas la mano en el mundo para salvarnos.

Hace más de setenta años un cristiano consecuente, mientras esperaba la ejecución en las celdas de la Gestapo, llegó a escribir que lo que tú querías es que viviéramos ante ti sin ti, es decir, sin que tú intervinieras como un tapagujeros, sino como ese amor constante y discretísimo que nos mantiene en la existencia y que llega al colmo al entregarnos a tu Hijo, tan desvalido como nosotros, pero que, desde su ser de necesidades, nos lleva realmente en su corazón y nos entrega a su mismo Espíritu para que podamos hacer en nuestro tiempo lo equivalente de lo que él hizo en el suyo.

¡Qué bien lo dijo ese testigo tuyo! Para vivir sin ti de manera que no nos deshumanicemos ni acabemos con la vida del planeta es preciso vivir ante ti o, si no es posible, por haber rechazado falsas imágenes tuyas sin haber recibido la tuya verdadera, obedeciendo a tu Espíritu que nos mueve desde más adentro que lo íntimo nuestro.

¡Cuánto necesitamos, Señor, vivir ante ti, para no vivir hipnotizados por el fetiche, maldiciéndolo siempre, pero sin poder despegar la atención de él! Si viéramos el mundo desde tus ojos y desde tu corazón seguiríamos viendo, y más a fondo,

la inhumanidad de este desorden establecido que cínicamente presume de democracia y de estado de derecho, pero que es el desorden más criminal que conoce la historia porque el mal aparece sin rostro y se culpabiliza a la mayoría perdedora y todo está enmascarado en reglas de juego que se pide que sean asumidas como expresión de realidad cuando la oprimen bárbaramente. Tú ves el mal que cometemos más que nosotros y más aún el que sufrimos y te duele infinitamente más que a nosotros.

Pero tú ves, sobre todo, tantas personas que resisten al mal, que no tienen ninguna connivencia con él, que prefieren padecerlo a comerlo, que resisten no solo a las incitaciones ambientales, sino a lo que hay en ellos de propensión al mal y que vencen al mal a fuerza de bien. Tú tienes ojos para ver a tantos que se la pasan haciendo el bien, que lo hacen agradecidamente y que en ello encuentran alegría. Tú eres testigo de tantos encuentros verdaderamente humanos y fecundos. Y también de tantos que caen y se levantan y sacan de su caídas sabiduría para caminar más rectamente y dar consejo a otros.

Porque tú resucitaste a tu Hijo y en él recreaste a todos los condenados de la historia. Todos están con él en tu comunidad divina. Por eso esperamos que el amor tendrá la última palabra y que acabará también impregnando la historia, aunque de ella no pueda extinguirse del todo el pecado.

Todo eso es verdad, Padre; pero tenía razón Pablo cuando dijo que la esperanza implica la paciencia, porque lo que se espera muchas veces no se ve, porque ¿cómo se iba a esperar lo que ya se posee? A nosotros nos toca esperar en la noche oscura de la injusticia y de la irracionalidad. En la noche en que muchos se preguntan dónde estás e incluso te lo preguntan a ti. Te lo preguntan porque creen en el poder del amor y muchas veces no ven que triunfe. Aunque es cierto que sí triunfa en muchas historias cotidianas y por eso siempre es posible vivir humanamente.

Parece que se repite la historia de tu Hijo: los que lo siguen, que son muchísimos, quién sabe si la mayoría, no son los que llevan las riendas de la historia y son sacrificados por los que se creen dioses y viven como tales. ¡Tú no puedes querer que siga ese sacrificio de tus hijos! No lo quieres, no solo porque tú eres el amigo de la

vida, sino porque los asesinos también son tus hijos y tú no quieres que ningún hijo tuyo sacrifique a otro. Tú quieres que todos tus hijos vivamos como hermanos. ¿Es que no tienes poder para lograrlo o es que la historia no da para tanto? Nosotros, Padre, seguimos creyendo en el poder del Amor en que consistes y que has derramado a nuestros corazones.

Seguimos creyendo, porque también creemos que acabará triunfando en nosotros. Porque nosotros no somos extraterrestres, sino que pertenecemos a esa misma historia. Como el profeta te decimos que somos gente de labios impuros que vivimos en un pueblo de labios impuros. Nosotros queremos hacer el bien y a veces nos encontramos con el mal y, sobre todo, queremos hacer el bien y nos cansamos y bajamos la guardia, sentimos que ser humanos nos excede. Tu Hijo sí fue plenamente humano; pero nosotros no somos tu Hijo.

Acabo, Padre, pidiéndote fe en que tú has derramado sobre todos al Espíritu de tu Hijo o él mismo nos lo entregó al morir para que obedeciendo a su impulso, pudiéramos vivir como él: plenamente humanos desde nuestra debilidad, que es la misma que la suya. Ya ves, Señor, la fe en ti es la fe en el ser humano cualitativo. Que nunca, Padre, nos falte hambre de fraternidad, la fraternidad de tus hijas e hijos que privilegie a los pobres y que no deje de lado a los enemigos. Amén.

*Miembro del Consejo de Redacción de SIC.